

La guerra y sus desiertos

Llamil Mena Brito



EL 20 DE MARZO DEL 2003, IRAK regresaba a los ojos del mundo como el nuevo enclave de una guerra. En esta ocasión, el gobierno de los Estados Unidos enviaba a sus hijos a un conflicto que con dificultad podía alcanzar una justificación. Una guerra proclamada en nombre de la democracia y en su variación más abstracta, “en contra del terrorismo”. Esta cruzada, con su precedente y su objetivo estratégico, delineó una circunstancia que hizo de la primera década del nuevo milenio una repleta de información delirante y actos de alcances patológicos.

Cada guerra brama por su representación cinematográfica y la invasión a Afganistán e Irak no pudieron ser la excepción. Tras la caída de las Torres Gemelas y el eventual estado de guerra en el que los Estados Unidos puso al mundo, decenas de producciones brotaron haciendo del drama y el documental los géneros que amalgamaban de manera más sutil uno de los conflictos bélicos más complejos de resolver a nivel de imagen frente al obvio contraste entre víctimas y victimarios.

El modo en que esta particular guerra implementó su natural grado de violencia, sobrepasó lo que el común ciudadano podía observar, mas



Fotogramas de *There Will Be Blood* del director Paul Thomas Anderson, 2007

no concebir, sobre los alcances del castigo, la vejación, la humillación y la muerte. Ahora, plenamente conscientes de las atrocidades a las que un régimen puede llegar (y hablamos de los campos de concentración y exterminio nazis y soviéticos) la necesidad de algo o alguien que asuma la responsabilidad de sus actos parece obligar a un mayor número de imágenes que reflejen el estado de una guerra, pero a la par y como consecuencia misma del trauma de la Segunda Guerra Mundial y el exterminio. Las preguntas a las que los más críticos directores de cine apuntan no se hallan más en las acciones dentro del campo de batalla, sino en la historia y la sinrazón que ocluyen las más sórdidas imágenes.

Cuenta la anécdota que durante el rodaje de *No Country For Old Men* (2007), en Marfa, Texas, la filmación se tuvo que suspender durante un día a causa del humo que se expandió por el territorio texano cortesía de los efectos especiales de la película de Paul Thomas Anderson, *There Will Be Blood* (2007). Dos producciones que convivían de manera íntima en un territorio y en un vaso comunicante aún más vasto para su momento: la contemporaneidad de la pregunta ¿cuál es el origen de la violencia que definía en cada aspecto a la cultura y circunstancia norteamericana de principios de este nuevo siglo?

Irak y Afganistán no podrán entenderse jamás sin el discurso de un personaje como fue George W. Bush (Dick Cheney). La construcción de todo el plan invasivo se articuló a razón de un estado de terror, ominosas mentiras y una concupiscencia tal vez no sin precedentes, pero sí lo suficientemente cínica como para polarizar a Estados Unidos y al resto del mundo.

En dos actores y su recreación de sendos personajes oscuros y violentos se vertió la posibilidad de caracterizar la noción de cierta maldad: petróleo y religión

desde la perspectiva del film de Anderson; dinero y locura en la de los Coen. Términos que en la narrativa de su respectiva obra construyen una atmósfera densa y árida, virtuosamente cobijada en la inmensidad del desierto texano. Alegorías o representaciones literales de la sinrazón de aquel momento político, cultural, social y moral que para los fines de ambas películas articulan un poderoso sentido de contemporaneidad.

Daniel Plainview (Daniel Day-Lewis) y Anton Chigurh (Javier Bardem) son dos personajes completamente disímiles que comparten tan sólo aquel vacío moral





Fotogramas de *No Country For Old Men* de los directores Ethan y Joel Coen, 2007

ávido de ser llenado por la misión que narrativamente los ubica en su particular estancia en el mundo. Donde Daniel encuentra en su ambición el reducto perfecto para su absoluta condición antisocial, Anton Chigurh recorre un camino nihilista de exterminio y una bizarra convicción hacia el concepto de destino. Dichos personajes requirieron de algo más que una impecable actuación y una brillante construcción; todo aquello que los rodea, los personajes secundarios que los acompañan y complementan, funcionan en ambos casos como interesantísimas articulaciones de testigos y víctimas de estos personajes que en realidad funcionan como fuerzas de la naturaleza que arrasan con todo aquello que impida su recorrido final.

La guerra para estas películas se halla fuera del argumento; la ya mencionada circunstancia de su producción cobija el sentido bélico, pero no sólo ahí se puede encontrar el sentido de lucha, invasión y enemigo. La gran virtud de estos directores fue situar en distintos momentos históricos el espacio y tiempo de la existencia de sus anécdotas, y desde ahí, desde el pasado de los Estados Unidos (principios de siglo xx, mediados de los años setenta), situar dos formas de ruptura entre los viejos y los nuevos valores morales frente al anquilosado estado de principios y creencias que fundaron aquel país.

Así, en 2007, en una época donde pasar por encima de la dignidad de civiles, de los principios más básicos de verdad y justicia y los más elementales derechos humanos, la reflexión que estas dos películas aportan al contexto está relacionada con una vileza que se fue construyendo décadas atrás, y que no encuentra su cenit en la figura de un hombre como George W. Bush, sino en un devenir psicótico, por momentos inexplicable, donde la ambición y el poder no respetan la vida humana. La imagen del desquiciamiento está en ese desolador desierto que comparten Plainview, Chigurh, Bush Jr. y los iraquíes y soldados de la alianza.

Existe pues una imagen y una sinrazón que dos películas retrataron de manera equitativa y disímil a la vez. A prácticamente un década de la invasión a Irak y Afganistán, la prometida victoria norteamericana permanece como una afrenta a todos los muertos y detenidos sin juicio en Guantánamo. Ahora, no nos cabe la menor duda de que las formas de castigo y concreción de un objetivo estratégico deben burlar cualquier instancia donde la imagen y la democracia puedan ser puestas en tela de juicio. Lo que definitivamente permanece en la anécdota de todos estos desiertos es la promesa de toda la sangre que debe ser derramada a nombre de principios siempre inciertos. Signos y señales. **▲▲**